

INTRODUCCIÓN

Si desde la mocedad he consultado con cierta frecuencia el santoral cristiano ha sido, con independencia de poder felicitar la onomástica a personas cercanas, por la curiosidad, no exenta de ironía, que a veces he sentido ante los singulares nombres propios de algunos de los venerables varones y mujeres que lo conforman. En contra de lo que podría suponerse, no ha mucho tiempo, en determinadas regiones del antiguo reino de Zircandia aún se continuaba bautizando a inocentes neófitos con el nombre del santo del día; lo cual suponía dejarlos de por vida a los pies del sarcasmo, ya que uno no sabía si felicitarlos o acompañarlos en el sentimiento.

Tal es el caso de mi camarada Abundio Fernández, natural de Villalmonste, provincia de Giburgo, donde, hasta bien entrados los sesenta del pasado siglo, el calendario por un lado, y la socarronería popular por otro, ejercieron sus tiranías a la hora de cristianizar y ocasionalmente apodar a las candorosas criaturas.

De todos modos, poca utilidad tiene llamarse de tal o cual manera, puesto que, a la hora de la verdad, la parca te pasaporta al más allá con igual diligencia ya seas Dolores, el Chorlito, resignado jumento o laborioso hortelano. Así, la puntual

y camaleónica dama no tuvo compasión con mi buen amigo, y disfrazada de traidora embolia le reventó el corazón la semana pasada mientras dormía.

—Ha sido tremendo. Estaba tan bien que nunca habríamos esperado esto —me comentaba entre sollozos Isabel, su viuda, el día que la llamé por teléfono para transmitirle nuestras condolencias—. Como todas las tardes —prosiguió afligida— se echó un rato en el sofá. Luego, mientras yo recogía un poco la casa, salió a dar una vuelta. Cenamos ligero, vimos un poco la tele y en cuanto nos acostamos se quedó dormido. El pobre mío ya nunca despertó.

La noticia de su desaparición y la evocación de nuestro casual reencuentro, hace poco más de un año, además de mermar mí ya escaso optimismo, me han hecho meditar sobre la vida y su dudosa finalidad. No obstante, y a pesar de la extraña sensación que suele acompañar a la nostalgia, no he podido evitar, quizá como íntimo y por consiguiente modesto homenaje hacia su persona, que mi retentiva, en fraticida lucha consigo misma, (cada día que pasa el absentismo entre las neuronas es más evidente) se haya afanado por revivir algunos momentos de nuestra dilatada amistad.

Aquel trece de abril, ocultos en una floresta de algodinosos cúmulos, la mar y el cielo encubrían su tormentosa pasión en el horizonte. Después de exhalar una bocanada de aire fresco, desde la terraza del bungalow eché un vistazo al nuevo día. La apacible luminosidad del ambiente hacía presagiar una jornada, desde el punto de vista climatológico, muy diferente a la anterior, y ello suponía silenciar, al menos durante unas horas, las protestas de las maltrechas articulaciones. Asimismo, la convicción que tenía, como los antiguos romanos, en los buenos augurios de los idus, insuflaba en mi ánimo un plus de optimismo que aquella mañana se iba a materializar en una agradable sorpresa.

Como usualmente hacía tras el desayuno, me encaminé hacia la solitaria playa sin más pretensión que hacer trabajar al esquivo organismo y, de paso, disfrutar del halago del soberano de los cielos.

La mayoría de las viviendas de las urbanizaciones de Porto Iraso aparecían cerradas, a la espera de recibir durante el estío la invasión humana proveniente de la capital.

La virazón esparcía sobre la arena los efluvios de los verdosos ovillos de algas que el último temporal había arrancado del lecho marino. No muy lejos, bandadas de vocingleras gaviotas escoltaban la estela de un añoso pesquero. En la orilla, un hombre se entretenía contemplando el paisaje.

La sospecha, conforme me aproximaba, de haber reconocido la peculiar silueta de un antiguo compañero de armas quedó confirmada al llegar a su altura.

—¿Abundio? ¡Oh, no puede ser! ¡Cuánto tiempo, querido amigo!

—¡Más de una década! —contestó alborozado en tanto nos abrazábamos.

Desde nuestro ingreso en la Academia Militar el aprecio era recíproco, y tras una larga etapa sin saber el uno del otro, volvíamos a encontrarnos. Paradójicamente, el hecho de no haber estado destinados nunca a lo largo nuestra dilatada carrera en la misma unidad, no había sido óbice para robustecer en la distancia los entrañables lazos afectivos que nos unían.

Aunque los años le habían rubricado el rostro, aún seguía manteniendo el verbo y la apostura de los viejos soldados. Teníamos casi la misma edad, de ahí que nos llegara el retiro con pocas semanas de diferencia.

—Te veo muy bien. ¡Estás hecho un chaval! —le dije admirado ante su porte.

—No creas. Lo que ves es sólo fachada. Los mecanismos interiores gradualmente se van desgastando, y ante eso poco se puede hacer —contestó resignado.

—Buenooo... ¡Si yo te contara...! —zanjé con chanza para evitar que el júbilo del momento derivara hacia una conversación de achacosos.

El azar, ese evento o lance fortuito al que tantos pensadores han reconocido su incidencia en la vida cotidiana, había determinado que hubiésemos adquirido, como segunda residencia, sendos apartamentos en un mismo complejo.

—¡No me digas! Qué casualidad, ¿no? ¡Fabuloso! ¿Estás solo o con Celia? —preguntó emocionado.

—No, ella no está aquí. Por servidumbres familiares ha tenido que quedarse en Sarutel. Para echar un cable con los nietos. Tengo cuatro, sabes. ¿Y tu mujer? —inquirí sin citar el nombre ante la eventualidad de que, como había ocurrido con otros compañeros, se hubiesen separado.

—¡Muy bien! En cuanto a nietos, me ganas por dos. Mi yerno es un marino francés. Como está destinado en Tolón, estamos libres de cargas.

—¡Ajá!

—También yo, como diría un castizo, ando de Rodríguez. A Isabel la tengo en Dastabón, donde finalmente hemos arraigado. Acabamos de hacer reformas en casa y ha preferido quedarse unos días para redecorar, sin mi interferencia, algunas habitaciones.

—Conociéndote como te conozco, creo que ha sido una decisión acertada —bromeé.

—Quien ha salido ganando he sido yo. Ya sabes: con la edad, algunas mujeres se vuelven maniáticas. A la mía le ha dado por la limpieza.

—No te quejes. A mí me ha salido beata. Ni una mañana se pierde la misa de siete.

—Menudos madrugones te estarás dando entonces, ¿no?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ni hablar! Era lo que faltaba después de cuarenta años levantándome al alba. Va con una vecina.

—Pues... menos mal. ¡Ay, cuántas cosas tenemos que contarnos! —dijo asiéndome por los brazos—. Como estamos solos, hemos de planificarnos. Ahora debo dejarte, pues tengo cita con el otorrino dentro de una hora. ¿Qué tal si quedamos para comer en el Galeón?

—Por mi encantado. ¿Qué te pasa? —le pregunté alertado por la consulta médica.

—Es el oído. No se lo digas a nadie, pero me estoy quedando teniente.

—¿Eh?

—¡Que me estoy quedando sordo! —repitió alzando la voz.

—Si únicamente es eso, no te preocupes. Yo ya lo estoy. Además, ¡para lo que hay que oír...! —concluí festivo.

Tras el aperitivo en la barra, pasamos a ocupar una mesa en un comedor profusamente decorado con motivos marineros. El ventanal contiguo, que en armónica conjunción con la estructura del local imitaba el espejo de popa de un navío del siglo XVI, nos permitió disfrutar visualmente de la ensenada sobre el que se asomaba.

La generosidad del vino de la tierra pronto nos transportó al valle de las emociones, entre las que resultó particularmente descorazonadora descubrir el gran número de compañeros desaparecidos. Las circunstancias de la vida se habían encargado de cercenar, en algunos casos de forma prematura y cruel, las ilusiones de unos camaradas cuyos difuminados rostros ocuparon fugaces los rincones de la memoria.

—¿Te enteraste de lo que le pasó a Benavidez?

—Me dijeron que había sufrido un atentado.